

“LAS AMARGAS GLEBAS DEL ALMA”

—biscuter—

*

<< Tanto luchar por estas tierras para nada... ¡Maldita sea mi estampa! >>

*

La Puerta de Segura, 1996.

El hombre no alcanza a imaginar un momento más idóneo para echarse a un lado; su paso por la cooperativa oleícola ha sido muy provechoso para la empresa, al igual que lo fue su colaboración para la puesta en marcha del Consejo Regulador de la Denominación de Origen del Aceite de la Sierra de Segura.

Ahora recuerda sus conversaciones de juventud con el farmacéutico y bromatólogo segureño, don José Bautista de la Torre, amigo personal de su abuelo. Parece como si resonasen en el despacho las entusiastas palabras del boticario, que no fueron sino un referente en la defensa y promoción del producto señero de la Comarca de la Sierra de Segura, y por extensión de toda la provincia de Jaén....

—No hace falta que me digáis que los agricultores bastante tienen ya con sacarle rendimiento a sus tierras. Pero yo soy de la opinión de que no deberían conformarse solo con llenar el buche después de tanto trabajo. Hay que darle el máximo valor a lo que hacen. Porque ellos trabajan todo el año, sin tener en cuenta fiestas de guardar, y merecen que se les reconozca su esfuerzo. La tierra les demanda su sudor a todas horas a cambio de que, en no pocos casos, malvivan. Sin embargo, entre sus manos tienen un producto con un potencial inimaginable. El aceite que se extrae de las picuales no es solo una grasa para freír, o para aliñar una pipirrana, o para mojar el pan. Es un producto rico y sano, y debemos aunar esfuerzos para que su valor nutricional se conozca y se reconozca fuera de estas montañas, por todo el país y, por qué no soñar, en todo el mundo.

—Pero si todavía hay gente que apenas sabe leer y escribir... Muchos de mis compañeros cambiaron el lápiz de escuela por la vara de varear demasiado pronto. ¿Qué propone usted que hagamos?

—Que defendáis codo con codo vuestros intereses comunes. Todos vosotros sois agricultores jóvenes y fuertes, y debéis hacer un esfuerzo añadido para que no se desmerezca ni una pizca el valor de vuestro trabajo. Porque nadie os va a reconocer nada así por las buenas. Cultiváis olivos en condiciones penosas. Hay olivares a casi novecientos metros de altura. Es un milagro que algunos olivos se mantengan en pie por esas escarpaduras en las que os deslomáis, y no con poco riesgo de despeñaros con vuestras bestias de labranza. No me negaréis que si estáis ahí es por puro amor hacia esta tierra, ¿no? Pero solo si potenciáis el resultado de tanto sacrificio podréis dignificarlo como realmente merece, y podréis generar más riqueza, entre otras cosas para que la gente no tenga la tentación de abandonar esta comarca tan privilegiada, y no solo por los paisajes que ofrece a la vista. Esta tierra —agarró unos terrones y los desmenuzó— es peculiar, incluso me atrevería a decir que única, y todo lo que en ella crece es singular y exclusivo. El aceite de las almazaras de estos contornos tiene unas propiedades de sabor y aroma que lo identifican y arraigan de manera clara con esta comarca. No hay otro aceite como este, y lo digo sin desmerecer a los aceites de otros puntos de la geografía. Es por ello que debéis trabajar para darlo a conocer como verdaderamente merece, y cuanto esté en mi mano lo pongo a vuestro servicio. Estamos en los tiempos en los que la publicidad mete dinero en los bolsillos, igual que cuando llueve, llueve dinero. Pues eso mismo: aparte de laborear hay que pregonar. Tenemos un tesoro, oro líquido, y debemos defenderlo a ultranza. El camino es largo, y yo os invito a que lo andemos juntos.

Todo le parece tan lejano... Pero tan solo hace tres años que el Ministerio de Agricultura validó un reglamento de obligado cumplimiento para salvaguardar y defender la calidad de los aceites producidos en la comarca olivarera de la Sierra de Segura. Y en breve se espera que por parte de la Unión Europea sea aprobado el Distintivo de Origen Protegido para los aceites que, bajo unas premisas de calidad férreamente controladas, son elaborados en las distintas cooperativas y almazaras segureñas. Su satisfacción personal es mayúscula. Porque él se siente parte protagonista de los logros alcanzados. Ahora, embargado por la satisfacción del deber cumplido, siente que va siendo hora de dar paso a nuevas generaciones. Porque está convencido de que es preciso inyectar savia nueva en la empresa, para así evitar que esta se estanque; favorecer un torrente de ideas frescas para alcanzar nuevos mercados y mayor prosperidad con los productos fruto del esfuerzo de los cooperativistas.

Son ya varias las décadas que lleva soportando sobre sus hombros un cargamento nada liviano de trabajo y responsabilidad, él siempre vinculado con la tierra; en sus comienzos, cultivando azada en mano el olivar familiar, y con el paso de los años, aunando y defendiendo intereses comunes de los aceituneros de la comarca de la Sierra de Segura, faena altruista que le granjeó en sus inicios como cooperativista no pocos encontronazos con las autoridades, algunas de ellas tan aferradas a sus retrógradas ideas como a la ladera del monte lo está el Galapán, pino laricio así bautizado por los lugareños por ser “*tan espigado y buen mozo*”, y cuyo tronco se libró del hacha de los leñadores y de ser conducido río Guadalquivir abajo por los almadieros, permaneciendo por los siglos como *faro* de la que otrora fue considerada provincia marítima. Pero a ello se sumó además la sarta de denuncias, multas, amén de alguna seria amenaza de acabar sentado en un banquillo, su persona señalada como idónea para acabar dando con sus huesos en alguna celda húmeda de la prisión provincial de Jaén, algo que, por fortuna, nunca ocurrió. Ahora, preso de cierta impaciencia, aguarda noticias sobre el importante acuerdo de exportación de aceite de oliva virgen extra que ha venido negociando durante las últimas semanas con los delegados de una empresa europea líder en la distribución alimentaria. Él confía en que apenas pasen unas horas será otorgado por parte de las administraciones competentes el visado para que la operación comercial llegue a buen puerto. Basta una rúbrica y un sello oficial estampado en la documentación, que fue remitida al ministerio correspondiente, y al fin podrá transmitir un raudal de esperanza a decenas de familias que viven de la agricultura en una tierra a veces tan abrupta, los aparceros siempre con la vista clavada en el cielo, y con la pisada marcando huella en una tierra que en los últimos años se ha mostrado poco benévola, cuando no beligerante, con sus muchas expectativas. Porque el campesinado no solo ha tenido que soportar las adversidades climatológicas, que se han sucedido como en un rosario de infortunios dispares —largas ausencias de petricor, abundante pedrisco, no pocas heladas, algunas riadas...—, sino que además ha tenido que pasar por el mal trago de tener que verse como impotente y triste testigo del despoblamiento del medio rural, similar al lento pero constante goteo, capaz de evacuar hasta la última gota de un depósito enorme de agua, con el que bien podrían reavivarse varios sembradíos con aspecto yermo.

Mantiene la mano apoyada sobre el teléfono, presta para, apenas suene, coger el auricular con más rapidez que un pistolero agarraría su revolver en un duelo. Para abstraerse de la tensa espera, observa con detenimiento un cartel en blanco y negro, en el que aparece un hombre entrado en años que labra la tierra, el cielo enseñoreado por un sol

que da la impresión de ser poco benévolo. El poster enmarcado, y que no es sino una ampliación de la foto que tiene sobre el escritorio del despacho de la gerencia de la cooperativa oleícola, cuelga de la pared como una suerte de ventana abierta al pasado...

**La tierra seca.
Las manos viejas.
El alma en pena.**

Inicio del otoño de 1957, Segura de la Sierra (Jaén).

Arde el viento, como si el estío tratase de perpetuarse, y en un postrero intento por mostrar su poderío final, se nutriese con voracidad de las llamaradas del infierno, para así dar un estertor abrasador. La flama, que extrañamente anega la atmósfera en esta época del año, hace tremolar las siluetas de los pinos y arbustos que se divisan en lontananza, hasta hacerlos parecer espejismos de gelatina que a punto están de desvanecerse.

Sol. Aire. Aridez. Labrantío... Sudor y fatiga.

El rejo oxidado del arado abre un hondo surco alrededor de los olivos, igual que la faca de un matarife secciona de manera limpia la manta de grasa de la barriga de un cerdo cebado a conciencia. Según avanza el hierro que arrastra la acémila, la costra terrosa cede con un árido crujir. Las glebas ascienden por la vertedera, enroscándose sobre ella como serpientes medrosas, para luego desmigajarse pulverulentas, como si fuesen tirabuzones de virutas de madera que se desmenuzan con facilidad, convirtiéndose en serrín apenas un crío las aplasta entre las yemas de sus dedos porrones y blanduchos.

Arrecia el solano, que en las últimas semanas ha agostado la tierra.

— ¡¡Sooo, Lucera!! ¡¡Sooo, sooo, rediós, que hoy llevas el santo día echándome la pata en to, compañera!! —Severiano levanta la voz a la acémila.

El hombre está deslomado. A su edad, cada paso que da mientras laborea su finquita de olivos se le barrunta como si subiera un escalón más de la larga escalera que conduce a su cadalso, donde parece aguardarle un verdugo a cara descubierta, sus labios esbozando una sonrisa taimada que corrompe todo su semblante.

Jadea el veterano campesino, más de lo que bufa la vieja bestia de labranza. Traga saliva, el gznate más seco que la sardina arenque que guarda en la barjuleta, de la que

dará buena cuenta durante el almuerzo, junto a una hogaza de pan cuya miga empieza a estar dura y mohosa, y a la vieja bota llena de tinto de la tierra, que suda más vino a través de la piel cuarteada del que sale a chorro por el pitorro cuando el agricultor la empina y la presiona con las callosas manos.

En sus años de juventud, fajado y azada en mano, Severiano se merendaba una fanega tras otra en un pispas, con la espalda tan arqueada durante tanto tiempo que, al erguirse, las vertebras le chirriaban igual que si fuesen las bisagras amortajadas de orín del portalón de un cortijo abandonado, a veces el hombre temiendo que fuese a descoyuntarse y caerse al suelo como una marioneta a la que cortan los hilos. Pero entonces era dueño de la vida, y se sentía fuerte, tanto como un titán de cerca de dos metros de alto que se comía la faena por sopas, y el mundo entero si fuese menester. Labraba por aquellos años cuantas hectáreas le echasen encima, y después, si se terciaba, se pasaba una noche entera al sereno, de parranda con los amigos, y al clarear el día vuelta al tajo, sin protestar ni echar el bofe entre aquellos olivos que ascendían por las laderas de la montaña, como sí que lo echaban algunos compañeros, dando la impresión de que por sus bocas, de aliento aguardentoso, fueran a vomitar hasta las asaduras apenas el sol les caldeaba la cara. Empero ahora siente como si le estuviesen clavando alfileres incandescentes en los músculos, incluso en los ligamentos que desconocía tener, que parecen haber estado agazapados toda su vida en los recovecos de sus entrañas, sin él apreciar que alguna vez hubiera tenido necesidad de ellos.

Arrancarle una buena cosecha de picuales a la tierra, hoy como ayer, es harto sacrificado, pero las horas de faena, por pocas que sean, ahora le pesan lo suyo a Severiano; solo Dios sabe cuánto, y eso que el labrador no es dado a tener tratos con el Altísimo, tampoco con aquel que bajo tierra atiza las llamas que achicharran las malas almas en los fogones de Pedro Botero. Pero ni mucho menos está dispuesto el viejo labrador a sentarse en un banco para ver desfilar delante de su glauca mirada las horas muertas en compañía del resto de los ancianos del pueblo. ¡Quia! Ni aunque las vistas que se contemplan desde el mirador, junto a la Puerta Nueva, lleguen a ser tan majestuosas que te hagan sentir un ser privilegiado. No es el viejo labrador de los que suelen esperar de brazos cruzados a ver cómo pasa la Segadora de Vidas portando su afilada guadaña al hombro. <<Esa malnacida mejor que me pille de faena, y mejor si me atrapa por la espalda, que para eso es una traidora. >> Suele rumiar cada vez que por su cabeza cruza como un relámpago la idea de la muerte, algo que ni mucho menos le atemoriza.

Trabaja duro para evadirse del presente que lo atenaza, para no pensar en lo que ha de venir en el próximo segundo... Para olvidar el pasado. Para dejar de corromperse con el sentimiento de culpa que lo vampiriza desde hace décadas. Labrar la tierra es una treta para engatusar la mente, para sobrevivir, algo que hace por instinto desde que solo escucha su respiración en la soledad de su casa. Arar un labrantío como el suyo, que lleva yermo una larga temporada, que está atiborrado de pedruscos de polvo compactado y tan grandes como melones, no es moco de pavo. No fueron pocos los mozos que salieron por patas del pueblo para intentar dar esquinazo a un trabajo tan sacrificado; nunca estuvieron por la labor de que les saliesen en las manos callos como cardos secos, porque sabían que las mozas a las que pretendiesen les protestarían sus caricias, amén de afearles el que no tuviesen donde caerse muertos, pues lo único que podían asegurarles con certeza los campos del pueblo a quienes los pisaban cada día no era sino una sepultura en el cementerio tarde o temprano. Quizá por ello, los jóvenes, los que sobrevivieron a la guerra, comenzaron a huir del pueblo de manera desesperada, en desbandada, ansiosos por buscarse un mejor porvenir, como si solo llevasen una necesidad perentoria metida en sus maletas de cartón y anudadas con un cordel: el anhelo de encontrar un trabajo más llevadero, bien fuese como obreros en una fábrica, o bien fuera como camareros o friegaplatos en un bar de la capital. Sin embargo, la cruda realidad siempre es obstinada, y no tiene inconveniente en soltar bofetadas sin medida y sin paños calientes de por medio, por lo que muchos de ellos se vieron obligados a desandar la senda por donde se marcharon, bastante colmada de baches. Y conforme regresaban, lo hacían cabizbajos, con el espíritu avergonzado por tener que dar cuentas de sus errores, de esos planes truncados, ante quienes trataron de retenerlos, en sus ojos flameando un viso de derrota humana, o cuando menos de fracaso personal. Porque la vida en una ciudad de posguerra ni mucho menos era ese paseo tranquilo por el paraíso que les pintaron. A todas luces, era mejor vivir en cualquier casa modesta del pueblo que hacerlo en los barrios cochambrosos de la periferia de las grandes urbes, la gente hacinada en pisitos destartalados, compartiendo el retrete, un simple agujero excavado en el suelo, y no hablemos ya si acababan malviviendo en las chabolas levantadas con hojalata, cartón y madera, donde las chinches y las pulgas eran insaciables, y formaban legiones de parásitos voraces que encima les disputaban a sus víctimas cada centímetro cuadrado de los colchones de lana o de los jergones de paja, amén de la nea de las sillas descuajaringadas, su trinchera favorita desde donde iniciar ataques a muslos y culos, siempre marcados por habones enrojecidos. No pocos sueños se estrellaron contra la pesadilla que suponía el tener que estar mendigando unas horas de trabajo en las canteras para cargar fardos en los camiones, o

en las obras para acarrear cubos de mezcla, ladrillos y sacos de cemento, o en los muelles de descarga de los mercados de abastos, donde acababan reventados tras horas cargando cajas de fruta y verduras, y enormes y pesados trozos de animales despiezados; tanto sacrificio por un mísero jornal, casi una limosna, y todo ello a cambio de llenar las manos, pero no de monedas, sino de ampollas purulentas que se reventaban por sí solas, para recordarles que, a ojos de quienes los explotaban, eran poco menos que deshechos humanos. Mal cambalache; mejor tirar de un arado en el campo, donde la gente daba los buenos días, que arrastrar el infortunio por las calles de una ciudad plagada de desconocidos. Al menos en el pueblo se sentirían vivos, y aunque vivieran con pobreza, también lo harían con dignidad, lo único que necesitaban para conciliar un sueño apacible durante unas horas.

Severiano se quita la boina; la dobla, y la guarda en el bolsillo trasero del raído pantalón de pana. Mira al cielo, la intensa luz cegándolo. Luego clava sus ojos en las alpargatas; parecen pecios de rafia sucia y esparto deshilachado que tratan de emerger de los surcos de la tierra revuelta. En su mirada de algas solo flamea un atisbo de desesperación, fruto de tanta melancolía fermentada en las honduras del alma, donde sus sentimientos acabaron por fructificar como glebas amargas. Se retira el pañuelo de picos anudados con el que cubre la sesera. Lo retuerce; exprime hasta la última gota del sudor absorbido por la tela, como si quisiera regar la tierra con la humedad de tanto esfuerzo consumido. Se lo restriega por la cara, con brío, como si esperase arrastrar toda la amargura que enjalbega su espíritu, y que aflora en su ajado semblante, en el que desde hace años no se percibe ni una débil mueca que entrañe el embrión de una raquítica sonrisa.

Echa un trago del botijo que cuelga de las ramas de un olivo, el agua chorreando por la comisura de los labios. <<Jodido pulso. >> Se queja. Mira la heredad de glebas que se extiende ante sus ojos.

—Tanto luchar por estas tierras para nada... ¡Maldita sea mi estampa! —Aprieta el pañuelo entre sus manos mientras parece que le habla al cielo. — Ya ves: más solo que la una me veo; viejo hasta reventar, y hecho un desgraciado. Tu madre en el cementerio, muerta de pena; tú y tu esposa enterrados por ahí, como perros cimarrones reventados a palos. Y todo por mi culpa; por haber sido un blandengue contigo y por dejarme doblegar por vuestras tonterías. Dicen que eso suele pasarle a quienes son padres cuando ya se

está en edad de merecer ser abuelos. Y digo yo que será verdad a la vista de mi proceder, sin emplear mano dura jamás. Porque más me comporté contigo como un abuelo blandengue que como un padre severo. Y aquí estoy... Más solo que la una. Hablando solo, que ya es lo que me faltaba, y penando como un ánima del purgatorio por estas tierras, esperando a que un mal rayo me fulmine, porque ni tengo valor para pecar contra la Ley de Dios, ni puedo hacerle ese feo al muchacho, y eso que lo que me pide el cuerpo a todas horas no es sino que me levante la tapa de los sesos de un escopetazo o me cuelgue en un olivo. Qué cuadro...

Severiano echa otro un trago de agua del botijo. Se empapa la pechera de la camisola de algodón...

Veintisiete años atrás.

— *¿Está fresca el agua, padre?*

—*Compruébalo tú mismo.*

— *¡La leche, padre! ¡Está helada! Con una almorzá que te echés en la cara se te queda tiesa.*

Las risas inundan el patio de la casa cuando Severiano, tras regresar del campo, le echa al hijo por encima el cubo de agua que acaba de extraer del pozo, ambos con el sofoco del verano y de la labor agarrado al rostro.

—*Venga, limpiaos las alpargatas en el baleo y entrad, que tenéis agua templada en el cubo para que os quitéis ese polverío que traéis encima, que vais hechos unos balandranes.*

—*Es usted un sol, madre. Venga aquí, que me la voy a comer a besos.*

—*Déjame en paz, zalamero, y agarra el trozo de jabón. Y frótate bien detrás de las orejas, no vaya a ser que Hermelinda quiera decirte algo al odio y se llene los labios de cascarrías. Y esa ropa la amontonáis ahí, que mañana bajo al río a lavar.*

Eleuterio vierte el agua del cubo de cinc en la palangana de porcelana del aguamanil de pino barnizado, y carcomido por la polilla. Se frota con fuerza, como si fuera a despellejarse. En el agua van quedando los restos pulverulentos de la finquilla que ha estado labrando con el padre, unas fanegas de tierra donde tienen plantados olivos de picual, que cada día están más hermosos, y junto a los cuales tienen un plantío con

melones, los más envidiados por su dulzura y tamaño en los contornos, motivo por el cual, en tiempo de cosecha, Severiano, desoyendo las protestas de la esposa, pasa algunas noches durmiendo al raso, escopeta en mano, decidido a soltarle un perdigonazo de sal a quien ose poner un pie en su melonar para robarle el fruto del trabajo de él y de su hijo, el sustento para una buena temporada.

—Pero hijo, deja ya de moverte, que tienes más azogue que el rabo de una lagartija. Con tanto nervio te va a entrar cagurria. Vaya si te has “cascarreo” bien; estás como el jaspe. ¿Puede saberse a dónde vas vestido como para presidir la procesión de la Virgen del Rosario? No; mejor no me lo digas, que ya me lo imagino.

—Y usted me lo va a decir, ¿verdad, madre?

—Vas a ver a la maestra esa que te trae por la calle de la amargura.

—No diga esas cosas, madre. Una mujer tan buena como la señorita Hermelinda no puede llevar a nadie más que por buen camino, como me está llevando a mí.

—Y encima —tercia el padre en la conversación— hasta el nombre deja bien claro cómo es la muchacha: Herme... linnnda —enfatisa con chanza—. Sí que es bien guapa la moza, y lista. Tiene buen ojo el hijo, ¿a que sí, mujer?

—Tendrá buen ojo, pero las pestañas se las va a quemar con la lumbre del candil de tanto leer los libros que le presta la maestra.

—Es que el hijo se nos tiene que refinar para poder pretender a la señorita Hermelinda. Y eso a mí, mientras no regrese calamocao o descuide sus tareas del campo...

—No tenga cochura por eso, padre, que para todo tengo tiempo, ganas y fuerzas, y bien sabe que no me gusta empinar el codo más de la cuenta.

Son ya varios los meses que Eleuterio lleva rondando a la maestra, aunque trata de disimular; quedó rendido a sus pies el mismo día que la joven llegó al pueblo y se cruzó con ella por la plaza del ayuntamiento.

— ¡Qué se te cae la baba, Eleuterio! —Le dio un cachete en la barbilla el hijo de un influyente ricachón, quien ya había puesto sus ojos sobre la señorita Hermelinda, llegada al pueblo para sustituir a doña Feliciano, quien tenía que haberse jubilado como maestra tres

años atrás. — Y junta esos labios, hombre, que no está hecha la miel para la boca del asno.

Eleuterio apretó los puños, y consumió en las tripas las ganas de darle un mamporro a Diodoro Arístides, un vago redomado que siempre se creyó superior a todo el mundo por la poderosa razón de que la faltriquera le va a reventar un día de tantos billetes como lleva en ella de cien pesetas en los que aparece la efigie de Cervantes, billetera con la que farda en todas partes a pesar de ser tan tacaño como su padre, quien le enseñó la primera lección sobre el dinero, lección que aprobaría con nota de sobresaliente si se tuviese que examinar de ella: la avaricia como mandamiento de vida que deben seguir a rajatabla los ricachones para hacer crecer sin límite su fortuna.

Antes de salir de la casa, la madre dibuja la señal de la cruz en la frente de su hijo, y trata de comérselo a besos.

—Ea, toma besos míos en abundancia, para cuando solo quieras que te los dé ella.

— ¡Qué cosas tiene, madre...! Un hijo siempre quiere besos de su madre.

Ya en la puerta de la calle, la madre agarra al hijo por el brazo, con ternura, como si temiese arrugarle la manga de la camisa.

—Hijo, eres más testarudo que tu padre, que ya es decir... Si te has propuesto ennoviarte con la maestra, de sobra sé que te saldrás con la tuya, y tendrás la bendición de tus padres. Pero a lo mejor no has reparado en que ella tiene estudios y que tú apenas sabes de las cosas del campo, amén de leer y escribir; solo sabes eso. No sé yo si está bien que la mujer que se case contigo sepa más de los asuntos de la vida que el hombre con el que ella ha de amanecer en la cama cada día. No sé yo, hijo; no sé si ese es buen negocio.

—El amor, si es sincero y correspondido, siempre es buen negocio, madre. Pero precisamente para evitar eso que me está diciendo, me estoy empachando de leer tantos libros.

—A mí no me la das con queso, hijo; tú estás leyendo esos libros que ella te presta porque tener un libro suyo entre tus manos para ti es lo más parecido a estar cerca de ella, ¿verdad? —Eleuterio asiente con su silencio y desvía la mirada— No sé yo si ese negocio te interesa del todo. En cualquier caso, yo no soy nadie para decirte lo que tienes que hacer; ya eres muy mayorcito, y hace tiempo que no acudo a tu cuarto a darte un beso de

buenas noches, lo que no quiere decir que ya no me preocupe por nada de lo que pueda perturbar tu sueño, que te quede clara la cosa, ¿eh? Es buena muchacha; educada a más no poder, trabajadora, nada pueden decir de ella las lenguas que ventean chismes por toda la sierra, y encima es limpia, elegante y simpática. Lo que se dice una alhaja.

—Vaya, parece que le gusta Hermelinda, madre.

—No puedo ponerle pegas. Pero tú... La verdad es que tú eres nuestro hijo y para nosotros eres lo mejor del mundo. Te hemos dado buena educación; eres trabajador, formal, justo y honrado. Estamos orgullosos de ti. Si ella es lista, que lo es, sabrá mejor que nadie que como tú hay pocos en toda la comarca. Tú verás lo que haces, pero sí te digo que tengas mucho cuidado con el señorito Arístides, que ese, además de un rabisco, es más zopenco que su padre, y os mira muy mal desde que la maestra se lo quitó de encima como quien espanta un moscardón.

—A mí ese ovejo no me achanta, madre.

—Bueno, anda, vete ya —tercia el padre—. Y no vuelvas tarde, hijo, que mañana los melones no se meten solos en las espuelas. —Le habla desde la cocina, mientras se lía un cigarrillo de picadura, que enciende con una brasa que agarra con las tenazas renegridas de hollín de la chimenea, donde la madre guisa en una olla de barro apoyada sobre la trébede.

— ¿Alguna cosa más? ¿Acaso no necesitáis algún mandado del colmado del Diodoro? ¿Quizá una damajuana de vino? ¿O que le lleve recado al cosario? —Bromea al despedirse de sus padres.

—Pues sí, hijo; quiero algo más.

—Usted dirá, madre. —La mira, resignado.

—Que no te dejes tu excusa encima del aparador.

— ¿Cómo dice, madre?

—El libro. ¿No tenías que devolvérselo a la maestra? Hay ver la excusa tan tonta que te has buscado para verla a menudo, a ti que nunca te gustó leer...

—Ah, es verdad; cojo el libro, madre. ¡Qué sería de mí sin usted...! Ande, deme un beso, que aunque no tenga trono es mi reina. Por cierto: ese ajoatao huele a gloria, igual que los andrajos de ayer; no se lo coman todo y guárdeme un plato para cuando vuelva.

En apenas tres minutos, y no sin antes respirar hondo, Eleuterio estaba llamando a la puerta del grupo escolar. Eran cerca de las ocho de la tarde, y la señorita Hermelinda se encontraba casi concluyendo la última clase de las muchas que ella había impartido durante semanas a unos muchachos que en unos días marcharían del pueblo para cumplir el servicio militar; jóvenes que, gracias a ella, habían dejado de ser iletrados, ya que, don Ciriaco, el viejo maestro que tenía a su cargo la escuela de niños, no quería saber nada de enseñar a personas adultas, y menos aún sin recibir alguna gratificación por ello, ya fuera dinero o algún manjar con el que saciar su hambre crónica, pues comer le gustaba casi tanto como dar alguna mochalá en mitad de las clases.

<<Mire señorita: bastante tengo ya con irme a la cama pensando que al día siguiente debo levantarme para, con un café de achicoria y una torta de manteca en las tripas, volver a enfrentarme a esos demonios de críos, que no son más que unos salvajes a los que ni con sangre le entran las letras en la pelota de serrín que tienen encima de los hombros. Mi labor con ellos es poco menos que inútil; solo piensan en robar huevos de los nidos y en poner costillas para cazar zorzales, o en arráncales el rabo a las lagartijas y sacar de las charcas a los renacuajos para que se tuesten al sol. Unos salvajes por mucha agua bendita que les echaron de la pila bautismal de la iglesia de Nuestra Señora del Collado. >> Le respondió de manera amarga don Ciriaco a la joven maestra cuando ella le propuso montar un aula de adultos a la vista del alto nivel de analfabetismo que existía en el pueblo. <<Con las modernidades que tiene usted en la cabeza solo va a conseguir buscarse problemas con las fuerzas reaccionarias del pueblo. El cacique, el cura, los miembros de la Benemérita... Usted ya me entiende, ¿verdad, señorita? No insista, se lo ruego. A mí me queda muy poco para jubilarme, y reconozco que ya estoy muy cansado. Usted verá si le merece la pena en el punto de mira, pero conmigo no cuente porque algunos tienen el dedo muy fino sobre el gatillo. Y ahora, márchese en paz a su casa porque temo que acabaría por enredarme en sus gatuperios, los cuales, por muy loables que sean, no dejan de ser tejemanejes temerarios de los que yo no quiero ser ni protagonista ni actor de reparto. Con Dios, señorita. >>

Hermelinda hizo un gesto a Eleuterio cuando lo vio aparecer por el aula, para que pasara y tomase asiento en un pupitre del fondo mientras ella despedía a los cinco mozos a los había estado dando clase.

—Y no lo olvidéis: aunque os cueste trabajo, las cartas debéis escribirlas vosotros mismos, de puño y letra, entre otras cosas porque nadie tiene por qué saber las cosas que tengáis que contarles a vuestras familias, si estáis bien, mal o regular, y mucho menos a nadie le importa lo que queráis decirles a vuestras novias, si queréis hablarles de amor o si tenéis que pedirles cuentas por algún asuntillo de celos. Además, lo que aquí habéis aprendido, aunque poco haya sido, os será de mucha utilidad en el cuartel; os facilitará el que podáis aprender alguna profesión y tener un mejor futuro cuando os licenciéis. Llegado el momento de que alguien os lo pida, incluso podréis escribirle a algún compañero una carta para sus padres o para su novia. Pero si lo hacéis, al meter la carta en el sobre debéis olvidaros de lo escrito en ella en nombre de otro, porque los asuntos de las cartas son privados. Y un último consejo: no os creáis más que nadie por saber leer y escribir; pensad que habéis tenido más suerte que aquellos que por culpa de no haber podido ir a una escuela tienen que firmar haciendo un garabato o una cruz. Ah, casi se me olvida: antes de iros a vuestras casas, pasaros por donde don Ciriaco, que os quiere regalar unos libros y unas cartillas, para que en el cuartel sigáis practicando lo aprendido; vamos, que os quiere poner deberes. Os deseo mucha suerte, y espero que tengáis un buen viaje —terminó por decirle Hermelinda a sus alumnos, los ojos enjalbegados por un ropón de humedad que le emborronaba la mirada—. Adiós, muchachos. Y hola, Eleuterio.

—Buenas tenga usted, señorita Hermelinda. Muy sentidas las palabras que les ha dicho a los mozos. Bueno, yo venía a devolverle el libro del señor Darío. La verdad es que sus versos me han puesto patas arriba el alma. Si yo pudiera decirle a alguien cosas tan bellas como las que escribe el señor Darío... “Podrá nublarse eternamente el sol; podrá secarse en un segundo el mar...”

—Son de Bécquer, Eleuterio; esos versos son de Bécquer.

— ¿Cómo dice, señorita? —El joven, con una pregunta absurda, trató de salir airoso del ardid que ella acababa de descubrirle, porque bien sabía él que esos versos que había recitado no florecieron en el alma del poeta nicaragüense. Se puso colorado ante la mirada profunda que le lanzó la maestra.

— “Pero jamás en mí podrá apagarse la llama de tu amor”. —Recitó ella los últimos versos del poema ‘Amor eterno’, del poeta sevillano, en su voz un poso de melancolía. — Mira, Eleuterio: después de que te hayas leído de pe a pa mi humilde biblioteca, yo creo que va siendo hora de que... ¿Te ocurre algo? —Le preguntó, la voz entrecortada.

Nada le ocurría al joven. Solo que se había quedado traspuesto mirándola. Ignoraba si fue en el corazón o en las tripas, pero acababa de sentir un vuelco en las entrañas, como un vacío en sus pulmones, tras el que notó un cosquilleo en el estómago. Esa extraña sensación, aunque agradable, la experimentó de manera súbita apenas se dio cuenta de que la señorita Hermelinda, por vez primera desde que se conocían —ya iba para año y medio—, había dejado de hablarle de usted, licencia que él no habría sido capaz de tomarse a pesar de que estaba deseando hacerlo y de la mucha confianza que tenía con la maestra. Sintió como si, hecha añicos, hubiese caído a sus pies una barrera que consideraba insalvable. Borbotones de sangre estallaron en sus sienes, como tandas de olas que se descomponen en una sinfonía de espuma y rocío salitre al chocar contra una muralla de acantilados.

—Señorita Hermelinda... —balbuceó al tiempo que tragaba saliva—... Vera, yo... Yo quisiera... Bueno, no sé qué quisiera decirle... Y ahora que ya he leído todos sus libros ¿qué hago? —Trató de salir del paso ante la cortedad en la que quedó sumido.

—Visto lo visto, no te queda otra que pasar a la acción, y cuanto antes lo hagas, mucho mejor para los dos.

— ¿Qué pase a la acción? Perdone, pero no la entiendo.

Como lince que avanza hacia su presa antes de saltar sobre ella, la maestra se acercó a él de forma despaciosa, como si midiese sus pasos con cautela, pero con seguridad.

—De igual manera que soy una mujer que no necesita que ningún hombre la mantenga, también soy una mujer que no necesita que nadie la saque a bailar; si me apetece mover el esqueleto con alguna persona, no me importa acercarme para invitarla a bailar conmigo. Y quien dice bailar, dice otra cosa... ¿Me entiendes? —Eleuterio ni pestañeó— ¡Por Dios! Pero qué templado eres de carácter, Eleuterio. Lo que quiero decirte es que deberías dejar de tratarme con tanta formalidad y distancia, ¿no te parece? Ya está bien tanto hablarme de usted, hombre. Anda, olvídate un poco de la espiritualidad de la poesía y céntrate algo más en el lado carnal de la realidad que tienes delante de tus ojos —el joven se encontraba azorado, y su mirada planeaba en todas direcciones, como si buscara un lugar para esconderse—. “Y volar hacia ti, y tus labios de fuego besar.” Este verso sí que es de Rubén Darío, Eleuterio. ¿Qué te parece si lo ponemos en práctica?

Tras el intenso beso, que se dieron por iniciativa de la maestra, Hermelinda y Eleuterio creyeron fundirse en un único ser a través del largo abrazo que se prodigaron, y que hizo tremolar sus cuerpos, la noción del tiempo perdida, como si la vida se hubiese detenido alrededor de los jóvenes. Fue entonces, por las risas que se dejaron oír nerviosas, cuando advirtieron que no se encontraban solos, que los alumnos seguían allí, como pasmarotes en el vano de la puerta, sin decir palabra y sin perder detalle de cuanto estaba sucediendo en el interior del aula.

En apenas unos minutos, el pueblo entero tuvo conocimiento de que la señorita Hermelinda y el hijo del Severiano andaban en amoríos, algo que desde hacía semanas ya corría de boca en oreja, como un chismorreó que alentaron las alcahuetas del pueblo, pues llevaban un tiempo dando por sentado que, más pronto que tarde, la maestra acabaría echándose a los brazos de Eleuterio. “Ligera de cascos que es la moza”, la criticaban las liosas más lenguaraces, esas que se confesaban antes de crucificar a quien se le pusiese entre ceja y ceja.

Seis meses después, tañeron con algarabía las campanas de la espadaña de la iglesia de Nuestra Señora del Collado. Invitado o no, el total paisanaje de Segura de la Sierra asistió al enlace matrimonial. No hubo nadie que se quedase sin brindar a la salud de los recién casados, ni criatura que no catase un buen trozo del pastel de boda, salvo Diodoro Arístides, el hijo del ricachón, quien se dedicó a apalpar el casamiento desde una prudencial distancia que le aseguraba pasar desapercibido, y desde la cual se empapó de la celebración posterior en la lonja de la iglesia, las tripas del hijo del cacique y terrateniente revueltas de envidia, el corazón encendido de rabia... la mente anegada por ese humazo de odio que enturbia el pensamiento e inunda la cabeza de malas ideas.

EPÍLOGO:

Empujado por el viento de levante, que arrastra hojarasca y levanta polverío, hasta el pueblo llegó, apenas despuntó el rosicler de un arisco día de septiembre de 1936, el eco enflaquecido de los disparos, como una exhalación impregnada por un mal presagio. Quienes sabían orientarse a través de los rastros sonoros o visuales dijeron que esos tiros, que no podían ser sino de gracia, las avecinaba el aire desde unos terrenos cercanos a El Yelmo, una de las numerosas propiedades de los Arístides. Lo cierto es que nadie se atrevió a poner un pie en dicho paraje por temor a las represalias que pudiera acarrearles

invadir una propiedad privada que, por otra parte, durante varias semanas estuvo vigilada de noche y de día por la cuadrilla de rufianes que estaba bajo las órdenes de Licerio, el capataz mayor de las fincas del cacique, el cual andaba resentido con el paisanaje de Segura de la Sierra desde que en las elecciones municipales en abril de 1931 perdiera el sillón de concejal de la Casa Consistorial, a su entender “por culpa de una banda de rojos y anarquistas zarrapastrosos y muertos de hambre. Pero todo cerdo tiene su San Martín, y ya les ajustaré yo a esos las cuentas como es debido.” Solía expresar el patriarca de los Arístides, con cara de pocos amigos, a quien le prestara oídos en la taberna, que no era sino cada vez menos personas del pueblo, algo que, ni mucho menos, le hacía sentirse débil, sino que alimentaba su deseo de recuperar cuanto antes el poder perdido, para lo cual no habría de tener reparos en emplear los métodos más expeditivos, depravados y oscuros, incluso si fuese menester, sin hacerle ascos a lavarse las manos con la sangre de sus enemigos, que no eran sino quienes metieron en la urna un voto contrario a sus espurios intereses.

Nadie abrió la boca entonces. Pero la gente intuía que los desaparecidos en el pueblo durante la guerra civil acabaron enterrados en el olivar más extenso de los Arístides, en una tierra fructífera transfigurada en fosa impune, aunque nadie pudo demostrar, ni osó insinuarlo siquiera con un murmullo, que sirviera de sepultura anónima, pues, tras los asesinatos vengativos, la tierra fue removida a conciencia con la finalidad de que se difuminase cualquier atisbo de huella que demostrase que dicho predio, caracterizado por su manto de fina greda roja, fue regado con la sangre inocente de los asesinados, cuyos huesos acabarían atrapados por las raíces de los olivos.

Por más que la lumbre permanecía encendida en la chimenea de la casa de los padres de Eleuterio, la voz del visitante resonó glacial, y turbia, y hueca, por el ámbito en la cocina.

—Sé de buena tinta que a vuestro hijo y a la Hermelinda les dieron matarile en la finca de los Arístides, junto a doce personas más. Alguien que lo vio todo desde detrás de un risco me dijo los nombres de los muertos y de quienes dispararon. El que me lo sopló me hizo jurar que yo no levantaría la liebre sobre su identidad. Yo habría guardado su nombre como secreto de confesión; me hubieran despellejado vivo y no me lo habrían sacado. Pero eso ya no importa, porque esta mañana ese pobre diablo ha aparecido con un tiro en la sien junto a la tapia del cementerio; se ve que lo tenían enfilado. Era un bracero de los Arístides; se ve que tenía cargo de conciencia por verse obligado a comer

de la mano de semejantes bestias. Un miliciano, a quien la maestra enseñó a leer y a escribir antes de irse al servicio militar, ha prometido no parar hasta meterle una bala en la sesera a sus asesinos. Ya podéis imaginar quién apretó el gatillo para dar los tiros de gracia.

Apenas recuperó el aliento, el alarido que lanzó la madre de Eleuterio hizo tremolar no solo los visillos de las ventanas, sino de igual modo los cimientos de la casa. Se abrazó con todas sus fuerzas al nene que tenía en brazos, para evitar desvanecerse. La criatura, de apenas un año de edad, rompió a llorar.

Severiano no tenía palabras para consolar a la esposa, pero sí que recordó, como si la estuviera manteniendo en ese mismo instante, la conversación que había tenido con su hijo apenas unos meses antes de que estallase la barbarie...

—Pero qué locura es esa de que os vais por esos andurriales a llevar libros para que la gente los lea...

—La tierra sin regar, o aquella sobre la que no cae ni gota de lluvia en años, es una tierra seca. Pero una tierra sin Cultura... Padre, esa es una tierra muerta, sin porvenir para la gente joven y sin paz para los viejos.

—Pero vamos a ver, hijo, ¿acaso ignoras que casi toda la gente de esta comarca no sabe hacer la o con un canuto? Bien sabes que hacen una equis o mojan el dedo índice en el tintero para firmar. Eso ha sido siempre ley de los mandamases para tenernos a todos bajo su pisada, no vaya a ser que sus lustrosas botas se ensucien de barro o polvo si pisan directamente la tierra que los enriqueció.

—Pues yo se los leeré, padre, y con mucho gusto. Además, también llevamos carteles en los que salen reproducciones de cuadros de los que pueden verse en los museos; pinturas de Velázquez, Sorolla, Murillo, El Greco, Goya, Zurbarán... Y también de Rafel Zabaleta y de otros muchos pintores de los que casi nadie de esa gente ha oído hablar, porque durante toda su vida han tenido sus cinco sentidos puestos en laborar la tierra.

— ¿Y qué quieres que hagan si no? Tienen que comer todos los días. El buche no se llena contemplando la belleza de una flor pintada. Y ahora tú quieres decirles que sienten a su familia a la mesa y le quiten el hambre a base de describirles un cuadro de

uno de esos pintores famosos, a los cuales me has nombrado como si me estuvieras ilustrando. Porque ya hablas como si te creyeras un maestro. Va a ser verdad eso de que dos que duermen en el mismo colchón...

—Padre, bien sé lo que soy en verdad y en lo más hondo de mi ser: un campesino que ama y respeta la tierra que labra y le da de comer. Estoy orgulloso de ello, y mucho. Porque si algo sé de labranza, solo a usted se lo debo, y ese es mi mayor capital, como también lo son mi esfuerzo y el sudor con el que humedezco las glebas cuando la lluvia escasea. Pero también sé que cuando más conocimiento adquiramos mejores nos hacemos las personas, y mejor comprenderemos y más respetaremos y amaremos la tierra que pisamos. Solo así podremos sacar el mayor rendimiento de nuestro trabajo.

—Acabáramos... No hay día en el que uno no aprenda algo, y hoy toca saber que sabiendo los nombres de algunos pintores y reconociendo los cuadros que pintaron, los olivos crecen mejor, las aceitunas son más gordas, y los melones son más dulces y hermosos.

—Usted se lo toma a chacota, pero algo así sucede. Porque el saber y la cultura nos hace mejores personas. ¿O acaso no se da cuenta de que solo los que estudian mejoran sus vidas? Y eso de estudiar, hasta la presente, solo lo han podido hacer los ricos, quienes viven como si estuvieran en el paraíso mientras los pobres del mundo malviven machacándose en la tierra, unos labrándola y no pocos arañando las entrañas con sus propias manos, muchas veces dejándose las uñas por conseguir minerales preciosos para que las damas ricachonas luzcan enjoyadas en las misas de mucho boato y en los bailes de los casinos de postín. ¿No cree que ya es hora de que esta injusticia cese?

—Me da la impresión de que lo que quieren muchos es darle la vuelta a la tortilla.

—No nos meta a Hermelinda y a mí en ese gallinero, padre. Nosotros queremos que todo el mundo tenga las mismas oportunidades, y un instrumento para lograrlo es la cultura. Por eso queremos llevarla a todos los rincones; con más razón todavía, a los más apartados y recónditos. Las gentes de Santiago de la Espada, de Orcera, de Benatae, de Hornos, y de esas aldeas perdidas entre la montaña merecen conocer que hay algo muy importante que se llama Cultura. No queremos revoluciones violentas, sino transformaciones pacíficas. Queremos los campos llenos de plantaciones, y que el sudor que las riegue sea el de sus propietarios, y no que se plaguen de sepulturas anegadas por la sangre de

jornaleros desdichados que puedan caer en la tentación de tomar por la fuerza lo que aún la Ley no ampara como de su legítima propiedad.

—Vamos, la tierra para quien la trabaja, ¿no? He oído hablar tanto de eso... Pero es una utopía, una maldita y peligrosa utopía que ciega incluso a los hombres buenos.

—Es un sueño alcanzable, padre. Las utopías se desvanecen en sus propias carencias y alucinaciones. Pero los sueños, aunque parezcan inalcanzables, pueden acabar convirtiéndose en realidades palpables. ¿Quién puede decirme que no se va a cumplir este sueño de que la gente goce del derecho a la Cultura y a una vida mejor?

— ¿Y quien te garantiza que tanto sueño no acabará dándose de bruces con la realidad, y termine por convertirse en una pesadilla?

—Nadie, padre, pero mi conciencia me pide que trate de salir a su encuentro. Serán solo un par de semanas, y la faena en el campo está muy adelantada.

— ¿Y cómo dices que se llama ese proyecto en el que os habéis embarcado?

—Las Misiones Pedagógicas.

—Tiene gracia que tú, que no pisas una iglesia desde que te quedó chica la ropa de monaguillo, ahora quieras ser misionero.

—Digamos que un misionero laico, padre.

— ¿Y qué pasa con el nene? Bueno, no hace falta que me respondas; ya lo tienes todo hablado con tu madre, ¿verdad? Como para resollarle a ella. ¿Os hace falta algo de dinero? No sé, quizá para comprar más láminas de cuadros o para libros...

—Padre...

Severiano se ve sorprendido por un abrazo de su hijo, pero él mantiene los brazos caídos, como si las fuerzas le flaquearan, el hombre, entrado en años, tal vez invadido por un mal presentimiento que ha infectado de flacidez sus músculos. Sí que le da un beso al hijo; un beso tierno, un beso cálido, un beso sonoro, como los besos que le daba a su Eleuterio cuando, siendo un niño alegre y juguetón, no dudaba en dejar los juegos y a los amigos para acercarse hasta el olivar, para llevarle a su padre la barjuleta con la comida del mediodía, y algo dulce que siempre le gustaba tomar a Severiano una vez remataba la faena del día.

*

—¡¡Arre, Lucera!! ¡¡¡Arre!!! —Le grita Severiano a la mula mientras hace restallar en látigo en la tierra, un látigo de esparto que jamás han catado las carnes de la acémila que tira del arado.

Severiano se pone la mano a modo de visera. A lo lejos le parece ver la figura de un hombre que se acerca por la vereda que discurre ladera arriba y paralela a las lindes del olivar.

—Será posible... No puede ser. ¿No me estará engañando mi vista? No, no me engaña; es él.

<<No vuelvas por aquí hasta que no seas un hombre hecho y derecho. Si te gusta la tierra, tienes que hacer por donde para ser el mejor labrador de los contornos, y para eso debes estudiar; tu padre lo habría querido así. Yo ya te he enseñado todo lo que sé, pero eso no es suficiente. >> Recuerda Severiano la exigencia que le hizo a su nieto cuando este le dijo que quería dedicarse al campo.

—Venga, abuelo, no me seas tiquismiquis, y ponte ahí, junto al arado, que te voy a sacar una foto. —Le pide a Severiano su nieto, recién llegado de la ciudad, donde ha concluido sus estudios como Perito Agrícola.

*

Siente un orgullo indomable al estar junto a la tumba de su abuelo. Saca una fotografía de su cartera, la que le hizo a Severiano en el olivar mientras araba la tierra. La besa, tras lo cual la deposita sobre la lápida.

—Todo salió bien abuelo, como tú esperabas. Te debo tanto... Fuiste quien más confió en mí. Los socios de la cooperativa tienen aseguradas sus cosechas, y vendida de antemano la producción de aceite. Hemos cerrado un buen acuerdo con los alemanes. Ahora otros tienen que llevar las riendas, y a mí me toca emprender la mayor empresa de mi vida. Porque si quiero tener la conciencia tranquila, como bien me enseñaste que debía tenerla para vivir en paz conmigo mismo, no me queda otra que encontrar la tumba de mis padres, para que así puedan descansar en paz en la tierra por la que tanto se sacrificaron. Te quiero, abuelo.